

## A mi marido amadísimo: Dr. Juan Luis Sariego

Lorelei Servín de Sariego



Imagen 20. Juan Luis y Lorelei.

Fue muy difícil comenzar este texto porque inevitablemente me viene el llanto. Y es que el fallecimiento de Juan Luis, mi compañero de vida por tantos años, y su ausencia tan dolorosa me lastima hasta lo más profundo de mi alma. Así es el duelo. Es un proceso tan agudo, tan hondo, tan punzante cuando fallece un ser tan cercanamente amadísimo, que nadie se puede imaginar la inmensa tristeza que tengo por su partida al cielo. Nadie se lo puede imaginar, hasta que se vive.

Al cáncer Juan Luis y yo lo veíamos de lejos, en otras personas, en gente cercana o gente querida, y sentíamos pro-

fundamente a quienes lo padecían solidarizándonos con ellos. Pero nunca pensamos que esto nos podía pasar a nosotros. ¡Y sí pasó! Un día el cáncer nos tocó a la puerta de casa. La voz de los médicos nos dejó congelados, mudos, en shock. Y nos preguntábamos ¿por qué a nosotros?

Pero en todo ese período de lucha contra el cáncer, había que actuar rápido, y no había otra opción más que ser fuertes. Había que tener fortaleza en todos los sentidos y en todos los momentos difíciles. No era hora de echarse a llorar, ni de compadecerse. Era tiempo de buscar otras opiniones médicas. Y

Juan Luis se hizo todo un “guerrero”, como todos aquellos que lo han padecido.

¡Él quería seguir vivo! y juntos le apostamos con entereza y con la mejor actitud a todos los tratamientos, ya fueran sesiones de radioterapia, medicina alternativa, medicina naturistas, tratamiento para alcalinizar el cuerpo, y desde luego el veneno de la quimioterapia. Juan Luis toleró todo los efectos secundarios de los procedimientos médicos con la esperanza de seguir vivo. Y todos los días rezábamos juntos con toda nuestra fe, con toda nuestra esperanza para esperar el milagro de que continuara vivo, aunque fuera con tratamientos paliativos. Y nada funcionó. Entonces me enojé con todo, y me cuestioné todo. ¡Todo de todo!

Seguro que quienes lean este texto me entienden o por lo menos se lo podrán imaginar. El fallecimiento de Juan Luis, mi MIO, como yo le decía, me dejó devastada. Así de sentida es su ausencia.

Pido disculpas por esta introducción porque sé que a Juan Luis no le gustaría, y sé que solo el tiempo me ayudará a recordarlo como era él, con una gran vitalidad. Por esto quiero redactar de manera breve en este texto lo único que me da vida, que son algunos de los muchos recuerdos maravillosos de todos nuestros años de matrimonio, de colegas, de encubrimientos, de estar juntos en las buenas y en las malas, de ir en una estrecha cercanía y en la misma mira.

A manera de resumen, Juan Luis a los 22 años, y después de haber terminado su Licenciatura de Filosofía y Letras en la Universidad de Comillas, España, decidió irse al Chad, África donde siendo novicio de la Compañía de Jesús tenía como único objetivo acompañar a la población Nár y elaborar un método de aprendizaje de su lengua. Su estancia y convivencia con este grupo étnico africano fue la que finalmente le ayudó a descubrir que su vocación era otra; la de ser antropólogo.

Al regresar a España decidió estudiar un postgrado en Antropología Social. Sus superiores jesuitas le recomendaron hacerlo en Inglaterra o en México, inclinándose finalmente por nuestro país, donde llegó en el año de 1975. A sus 26 años realizó sus estudios de Maestría en la Universidad Iberoamericana, y donde además su vida tomó otro rumbo. Se hizo antropólogo, y como él bien decía “picando piedra” en una tierra ajena que finalmente fue también la propia. Y el desarrollo de su profesión la hizo toda su vida con lujo de detalle.

Como anécdota graciosa, Juan Luis platicaba que en esa época, en la ciudad de México, la gente le notaba un acento entre mexicano y español. Pero además llamaba la atención su apellido Sariego, poco común en México. Entonces le preguntaban ¿Usted no es de aquí, verdad?, a lo que Juan Luis respondía con toda naturalidad: No oiga. Yo soy de Campeche Y las intriguadas personas respondían satisfactoriamente ¡Ah, con razón!

En el Distrito Federal Juan Luis vivió y trabajó por varios años. Ahí se casó por primera vez y tuvo la gran fortuna de

tener a su hija Ana Yunuén. Sin embargo el empuje, iniciativa y creatividad de un grupo de colegas antropólogos, y de él mismo, los animaron a imaginarse y a llevar a cabo un innovador proyecto de antropología en otro estado del país. A Juan le venía bien poner “tierra de por medio” para salir adelante e iniciar otra nuevo proyecto de vida. De manera decidida y de forma empeñosa se echó a andar y a emprender otras “Travesías y pensares”, y el rumbo que tomó fue el norte de México: En Chihuahua.

En 1990 se funda la ENAH-Unidad Chihuahua con un plan de estudios previa y laboriosamente planeado entre todo ese equipo de antropólogos. Con el apoyo del INAH hubieron de rentar casa, pintar paredes, amueblarla con escritorios y mesa-bancos de re-uso, tocar puertas en diversas instancias de gobierno de Chihuahua para pedir ayuda, conseguir computadores con proyectos de CONACYT, entre muchas otras actividades más. Sin embargo, y al paso del tiempo, la mayoría de los fundadores tomaron otro rumbo por diversas razones personales y académicas. Y Juan Luis fue el único que continuó en Chihuahua.

Este centro educativo fue creciendo con el paso de los años tanto en apertura de plazas, de planta de profesores, de personal administrativo, de formación del Patronato, compra del edificio, construcción de aulas y cubículos para maestros, ampliación de la gama de alternativas de formación profesional, y desde luego el aumento del alumnado. Y todo ha sido posible gracias al esfuerzo y dedicación de los diversos directores que ha tenido la escuela, del apoyo del INAH, y por supuesto de todo el personal en su conjunto como un gran equipo de trabajo.

Hoy la ENAH-Unidad Chihuahua lleva el nuevo nombre de EAHNM (Escuela de Antropología e Historia del Norte de México). El cambio del nombre de la escuela da igual, porque es la misma escuela. La historia no se puede borrar y eso lo sabemos de memoria. Este es el proyecto educativo que ese grupo de fundadores antropólogos lo soñaron, lo imaginaron, lo construyeron y lo pusieron en marcha. Juan Luis decía, ¡Este proyecto educativo ya se echó a andar, y ya no hay quien lo pare!

Con esa visión emprendedora de este grupo de fundadores, entre ellos Juan Luis, fue posible lograr muchas generaciones de licenciados, maestros y doctores en Antropología Social, quienes ahora desempeñan su profesión en el estado de Chihuahua, en otros estados de la República Mexicana, e incluso en otras partes del mundo como Chile, Estados Unidos, África, Perú, Brasil.

Rememoro la pasión que tenía Juan Luis por su profesión. Era un antropólogo con una verdadera vocación de ser maestro, de enseñar en las aulas con gran entusiasmo y de dirigir tesis de varias de estas generaciones de alumnos. Recuerdo que el realizar con sus alumnos el Trabajo de Campo era fundamental, y como él bien decía: “El Trabajo de Campo

es el ingrediente más importante, más rico, más delicioso para un antropólogo social. Sin él no se puede hacer investigación”.

Pero además Juan Luis se daba el tiempo en participar en coloquios, congresos, evaluaciones del “Programa de Oportunidades”, y evaluaciones externas de CONACYT, dictaminador de proyectos, y presentador de libros, entre otras actividades más. Y todo ello lo realizó en México o en el extranjero. No sabía decir que “no” a cualquier invitación. Y en todos esos eventos como profesor-investigador invitado le apostaba y participaba con un gran empeño. Mi marido Juan Luis era admirable. ¡No paraba!. Tenía una energía, y una vitalidad única, incasable.

Se me viene a la memoria que en muchas ocasiones duraba toda la noche redactando alguna ponencia. Y yo le decía: Juan Luis ya duérmete. Mañana continúas, tienes que descansar -sin que desde luego me hiciera caso alguno. Y ya amaneciendo me despertaba, y susurrando con voz bajita me decía: Mi reina, ya terminé la ponencia. Y me quedó Chirilonga Makloy Esa era una expresión que nunca supe de donde la sacó, pero que era muy de él cuando le quedaba algo perfecto. Así era Juan Luis, apasionadamente perfeccionista.

Los éxitos no se logran solitos. Por todo lo que él trabajó, lo sudó y se esforzó Juan Luis fue merecidamente galardonado con dos premios nacionales “Fray Bernardino de Sahagún”: a la mejor tesis de Maestría y a la mejor tesis de Doctorado. Por eso también llegó a ser SIN III en el CONACYT, y por eso fue nombrado por el INAH como Profesor-investigador Emérito.

Más aún, y satisfactoriamente, Juan Luis fue muy amado por mí, por su hija, sus hermanos, sus cuñados, sus sobrinos, y por tantos alumnos, amigos y colegas. ¡Qué más satisfacción que esa!

Nadie me dejará mentir. Juan Luis era un buen hombre, un excelente hombre. Y como todos los humanos tuvo sus defectos, de los que nadie se salva. Era un buen hombre como el pan de Dios y amaba intensamente. Fue profundamente generoso, responsable, trabajador, proactivo, emprendedor, defensor de lo justo, ingenioso, protector, detallista, cariñoso. Y además con una gran chispa brillante del buen humor, del compartir con sus bromas una gracia única de risas que contagiaba a todo el mundo. Yo me quedo con eso y con su abrazo grande amoroso y cálido, que me arropaba.

Falleció muy joven, y todavía le quedaba mucho por hacer. Pero no me puedo quejar, porque tengo mucho más que agradecer. Comienzo por agradecer su vida misma y por vivir plenamente juntos.

Hace muchos años al casarnos, fuimos armando poco a poco nuestro hogar. Aprendí antropología con él, trabajamos juntos, o cada quien en su propio trabajo. Viajamos mucho, comimos delicioso, bailamos, cantamos y disfrutábamos todo. Nos tocó enfrentar las enfermedades suyas y de su hija Yunuen y lo superamos juntos. Miles de veces nos reímos en grandes y a carcajadas, y también lloramos juntos. Nos peleábamos,

y luego nos contentábamos, nos abrazábamos y nos perdonábamos. Nos necesitábamos porque hicimos la vida juntos. Tuvimos una complicidad de amor de la que solo puedo darle eternamente las gracias a Dios y a la vida.

Siempre hay un antes y un después de la inevitable muerte, de la forzosa despedida. En este hoy, nada me ha sido fácil. Paso a paso debo continuar adelante, siempre acompañada de él. Hoy Juan Luis me diría “Ándale mi reina, no te tardes”. Y ciertamente sé que algún día volveremos a estar juntos, cuando Dios lo decida. En memoria tuya... ¡Va por ti Juan Luis! Y va por mí.

Por último, es seguro que allá arriba, ahora Juan Luis está organizándole a Dios la “Antropología del Cielo”.



Imagen 21. Juan Luis